

Domingo 21 de abril de 2013 – 4º domingo de Pascua – Año C  
En la catedral de Nuestra Señora, misa solemne con ocasión del bicentenario del nacimiento del Beato Federico Ozanam

## Homilía del cardenal André Vingt-Trois

- Ac 13, 14.43-52 ; Sal 99, 1-2.3.5 ; Ap 7, 9.14b-17 ; Jn 10, 27-30

Hermanos y Hermanas,

Este domingo, la liturgia propone para nuestra meditación la figura del buen pastor, tal y como Jesús se presenta a los judíos. En pocas frases el evangelio de San Juan nos da elementos importantes de reflexión: el buen pastor da la vida eterna a aquellos que escuchan su voz y que le siguen (es decir, que ponen en práctica la palabra de Cristo) y este don de la vida es la realización de la misión de Jesús actuando en nombre del Padre: « El Padre y yo somos uno » (Juan 10, 30), nos dice. El pastor es el que conoce a sus ovejas y que las cuida hasta el punto de dar su vida por ellas.

Esta promesa de Cristo dirigida a los que le siguen se cumple primero para sus discípulos que decidieron seguirle. Pero este discurso se dirige también explícitamente a los Judíos, es decir al Pueblo elegido al que Dios prometió de corazón enviar un pastor. Jesús es realmente el pastor de Israel para conducirlo a los pastos de la vida. Con su muerte y su resurrección la alianza de vida cumple la vocación universal de Israel y se abre a la multitud, como recuerda la formulación eucarística de la Cena: « mi Sangre vertida para vosotros y para la multitud. »

El vínculo que une al pastor con las ovejas no es un lazo que excluye a las demás ovejas que no son (¿hay que decirlo todavía?) de este rebaño. La misión pastoral de Cristo no se limita ni al grupo de los primeros discípulos que le rodean, ni a Israel que es el primer beneficiario. Se extiende a la multitud innumerable de los que sí quieren escuchar su voz y seguirle: « una multitud inmensa que nadie podía contar, procedente de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas. » (Ap 7, 9), como nos dice la visión del Apocalipsis. Es así como Pablo interpreta el furor de los Judíos de Antioquia, como un signo del mandamiento del Señor: « He hecho de ti la luz de las naciones para que, gracias a ti, la salvación llegue hasta los confines de la tierra. » (Ac 13, 47)

Cuando se nos presenta la misión pastoral de Cristo en esta dimensión universal, nosotros presentimos lo lejos que estamos de haber recorrido el camino necesario para su cumplimiento. Podemos incluso ver que el anuncio de la Buena Nueva, que es la voz del pastor, es una obra que hay que retomar continuamente, en cada generación. ¿No es la nueva evangelización la transcripción práctica de esta misión en una época como la nuestra? Sucede a menudo que los cristianos imaginen o sueñen con una cristiandad floreciente que hubiéramos perdido. Os recuerdo que al final de la revolución francesa, nuestra Iglesia en Francia estaba completamente desprovista de planes humanos. ¿No era eso ya el marco de una nueva evangelización? La dispersión de los sacerdotes y consagrados, la ignorancia de muchos en cuanto a las verdades elementales de la fe, la secularización completa de las costumbres y de la cultura, etc.

En un siglo XIX marcado por la miseria espiritual de los creyentes y la indiferencia u hostilidad de la gente cultivada (se podría decir especies de volterrianos ilustrados!), el milagro del renacimiento de nuestra Iglesia en Francia se basó en sacerdotes oscuros como el cura de Ars o el Padre Chevrier en Lyon, en las religiosas totalmente entregadas al servicio de los pobres, como la beata Rosalie Rendu en París, en el barrio de Mouffetard, en laicos motivados y alentados por proyectos de evangelización como Federico Ozanam. Cualesquiera que fueran las distintas circunstancias y los carismas particulares, esta generación de cristianos que podría denominarse la « generación de los misioneros del interior » se implicó alrededor de dos ejes indisociables: el anuncio de la verdad y el servicio a los pobres. Ellos luchaban así contra las dos plagas que sufrían los pobres en el campo, así como el nuevo proletariado en las ciudades: la ignorancia y la miseria.

Joven diplomado, Federico Ozanam asume su rango y sus responsabilidades pero no duda en dejar la seguridad profesional para lanzarse a una carrera de investigador. Ocupando el puesto de catedrático en la Sorbona, se orienta hacia la investigación histórica, lo que le permite al mismo tiempo realizar una obra apologética: mostrar que el cristianismo ha sido causa de progreso en el desarrollo de las sociedades. Él no practica su especialidad en una especie de esquizofrenia mental viéndose investigador y docente « a pesar de ser creyente », sino que por el contrario dedicándose a la investigación y a la enseñanza « porque es creyente. »

Él participa en el gran movimiento pedagógico que se constituía alrededor de un cierto número de intelectuales y universitarios cristianos cuya fundación de las Conferencias Cuaresmales de Notre-Dame fue una señal histórica. Ante las religiones esotéricas que tomaban el lugar del cristianismo como ante las primeras ilusiones de una salvación debido a la ciencia y no a Dios, ellos no se quedaron de brazos caídos. Quisieron reconstruir una inteligibilidad de la fe que resistiera a los ataques estrictamente intelectuales y hacerse testigos intrépidos de la verdad.

Pero las controversias y las Tertulias Literarias alrededor de Emmanuel Bailly van a orientar su vida de otra manera. Educado desde su infancia en el servicio a los pobres, va a ser provocado por un oponente. Todos conocemos esta interpelación: « Vuestro cristianismo ha muerto... ¿Dónde están las obras que demuestran vuestra fe, y quien puede hacérselas respetar y admitir? » Él toma estas preguntas como una llamada de Dios y, rápidamente, con su pequeño grupo de amigos, se lanza a visitar a los pobres bajo el patrocinio de San Vicente de Paúl. Federico tiene veinte años. Está en la mitad de su vida pero no lo sabe todavía, Poco a poco, la Conferencia va a encontrar sus reglas de funcionamiento y sobre todo sus necesidades espirituales.

Tras esta breve reseña de la nueva evangelización en el siglo XIX, volvamos a nuestro presente. Por muchos aspectos, nuestra sociedad comparte y prolonga la descristianización de la Francia del siglo XIX. Como ella, yuxtapone grandes logros económicos y técnicos con bolsas de la miseria cada vez más sangrante. Como ella, desarrolla una profunda ignorancia del cristianismo y de su aportación específica a la búsqueda del bien común. Hoy como ayer, se nos llama a un nuevo esfuerzo de evangelización cuyos dos pilares no pueden ser otros que el anuncio de la verdad y el servicio a los pobres. Hoy como ayer, aquellos que de hecho han recibido más cultura, competencia profesional y equilibrio personal están llamados a adoptar decididamente un planteamiento de compartir. Todavía hoy, es necesario que compartamos las riquezas que hemos recibido, tenemos que anunciar a Cristo, la única esperanza para el mundo, tenemos que ponernos al servicio personal de los pobres, no sólo dando lo que nos es superfluo, sino sobre todo dándonos a nosotros mismos en una relación fraterna con los

más humildes. Ya sabemos que la situación de nuestra sociedad no es la del siglo XIX. Los medios públicos de protección social y tratamiento de la miseria han avanzado mucho, asumen bien situaciones que se dejaban abandonadas hace 150 años. Pero, a pesar de este esfuerzo para cubrir las dificultades de la existencia de un buen número de nosotros, como sabemos, nuestra sociedad como siempre deja al margen a personas que no tienen acceso a esa protección común, porque no tienen derecho a ella, o porque no saben pedirla, o porque no piensan que pueden recurrir a ella. Pero en cualquier caso, se quedan en las aceras de nuestras ciudades como una señal de que, a pesar de nuestra prosperidad, la miseria no está erradicada. Aun más, a pesar del éxito notable de la enseñanza universal que se extendió a partir del siglo XIX, constatamos en los albores del siglo XXI que el número de iletrados, analfabetos o personas que leen con dificultad no deja de aumentar. La cultura puede desarrollarse pero, ¿puede desarrollarse para todos? Que nuestros santos precursores: Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, Rosalie Rendu y Federico Ozanam nos sirvan de modelo e intercedan por nosotros. Amén.